



EL QUIRÓFANO

Sin nostalgias infantiles

EL CUERPO EN QUE NACÍ

Guadalupe Nettel

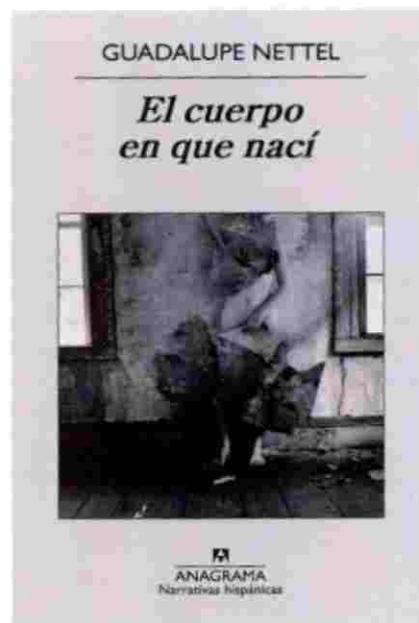
Anagrama, Barcelona, 2011.
196 págs.

Las rarezas físicas y psicológicas que caracterizan a los personajes de Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973) se sitúan entre la patología y la monstruosidad, entre el atractivo erótico de lo anormal y lo abyecto de la perversión: una extraña mancha en la piel en uno de sus primeros relatos, los trastornos de una chica poseída por un invasor maligno en su primera novela, *El huésped*, la asimetría de dos párpados o la pasión husmeadora de un fetichista escatológico en los cuentos de *Pitalos*. Su nuevo libro, *El cuerpo en que nació*, insiste en explorar las consecuencias que tiene la diferencia corporal en la trayectoria vital de la narradora, término que se entiende aquí en el doble sentido de instancia enunciativa immanente al relato (la protagonista que cuenta su historia) y escritora de narraciones, pues se trata de una mezcla entre *Bildungsroman* y autobiografía novelada en que no resulta posible distinguir la ficción de los recuerdos de la autora real.

Educada en los 70 y 80 por dos generaciones antagónicas—sus padres, que imitan con dudoso éxito los modelos de la cultura alternativa y la liberación sexual de los sesenta, y una abuela autoritaria con ideas pedagógicas anticuadas— y en dos países muy diferentes, México y Francia, la niña que relata las peripecias de su ajetreada existencia destaca por una irremediable otredad que no se debe en primer lugar a su extranjería en un suburbio de Aix-en-Provence—donde es una inmigrante entre muchos

otros *metecos*— ni a su poder adquisitivo inferior al de sus compañeros en el colegio francés del Distrito Federal, sino ante todo a un defecto innato, un lunar blanco sobre la córnea de su ojo derecho, que le impone una visión peculiar y la estigmatiza con un aspecto heterodoxo. Esta perspectiva distinta, a veces irónica, a veces satírica, pero siempre lúcida en su sensibilidad para captar las incongruencias ridículas del orden vigente y la conflictividad de sistemas de valores opuestos que coexisten en la misma sociedad, a menudo incluso en las mismas personas, es una de las principales virtudes de Nettel, a la par de la sutileza de sus observaciones y su capacidad de definir con una fórmula mínima una realidad compleja como, por ejemplo, el mestizaje de la sociedad mexicana, al decir que en la antesala de una prisión los pocos visitantes de clase media y alta “relucían como ratones blancos en una jaula de ardillas”.

El cuerpo en que nació, título inspirado en unos versos de Allen Ginsberg que se citan en el epígrafe, no expresa ningún deseo de regresión al útero ni nostalgia por la infancia, época que la narradora vivió “bajo la carga de la soledad, bajo la carga de la insatisfacción”, como escribió Ginsberg en el mismo poema. La niñez no se cuenta con las habituales mistificaciones de presuntas felicidades paradisiacas, sino, al contrario, como un período de dependencia y sumisión: “Los niños viven en un mundo donde la gran mayoría de sus circunstancias son impuestas. Otros deciden por ellos: la gente que han de tratar, el lugar en el que han de vivir, la escuela a la que asistirían, incluso lo que deben comer cada día”. La obsesión correctiva de los adultos se empeña en deformar a los niños obligando a los zur-



dos a escribir con la mano derecha o, como le ocurre a la protagonista autobiográfica de Nettel, a vivir con un parche sobre el ojo sano para fortalecer el ojo enfermo. Volver a habitar el cuerpo en que nació significa para ella aceptar su tara física, reconocer su anomalía como rasgo identitario e identificarse con su visión, torcida según los estándares de la normalidad mayoritaria, pero genuinamente propia, al mismo tiempo que su cuerpo va cambiando con “esos tatuajes y cicatrices que con nuestra personalidad y nuestras convicciones le vamos añadiendo, a tuestas, como mejor podemos, sin orientación ni tutorías”. Esta frase final contiene la quintaesencia del libro: el individuo que no conquista su derecho a la autodeterminación no vive realmente en sí mismo.